

cas posibilidades: ser agentes que buscan optimizar su felicidad o ser sujetos racionales; en todo caso, dirá Mouffe, una concepción del ser al margen de las relaciones sociales y de poder, de la cultura, del contexto socioeconómico, etc. (p. 109) ¿Qué es esto sino la concepción clásica del individualismo liberal?

En el plano político, el equivalente de la teoría deliberativa es «la tercera vía» o las políticas de centro. Según Mouffe, su defecto principal estriba en que pretenden concebir la vida democrática como permanente diálogo a través del cual es posible superar el «modelo del adversario» y encontrar soluciones que puedan satisfacer a todos; se eliminan las relaciones de poder y se reducen a conflictos de intereses que el diálogo permite armonizar. Este tipo de políticas consideran que la tradicional división entre izquierda y derecha ya no es relevante pues no existe división social. Cuando, desde la perspectiva del Pluralismo Agonístico, es precisamente esa oposición entre izquierda y derecha lo que da forma e institucionaliza el conflicto legítimo, porque permite la creación de identidades colectivas en torno a posiciones claramente diferenciadas y elegir entre verdaderas alternativas.

Más allá de que este tipo de políticas que no dejan de basarse en el modelo liberal-representativo puedan equipararse a la concepción deliberativa de la democracia, la crítica de Mouffe es la misma y radica en la idea de consenso que propugnan. La democracia liberal evita u oculta el conflicto bajo la pretensión de neutralidad procedimental; la deliberativa lo hace a través de la racionalidad. En ambos casos, el objetivo es alcanzar un consenso sin

exclusión, una solución definitiva al problema del antagonismo mediante la delimitación de un ámbito (la esfera política) que no está sujeto al pluralismo de los valores. Sin embargo, esta solución lo único que consigue, dirá Mouffe, es eliminar la posibilidad de la lucha entre adversarios e impedir que las pasiones y las identidades cristalicen en las formas democráticas apropiadas. Alcanzar acuerdos que todos puedan aceptar o políticas que sean beneficiosas para todos es, para nuestra autora, no sólo imposible empíricamente, porque las personas sean egoístas o incapaces de ponerse de acuerdo, sino también conceptualmente, porque son planteamientos que obvian el conflicto, el poder y el antagonismo o pretenden que puede ser eliminado.

Carmen SANCHO

Domingo Comas (Coord.) et al.

Jóvenes y estilos de vida. Valores y riesgos en los jóvenes urbanos

(Madrid, Injuve, 2003)

El concepto «estilo de vida» se ha desarrollado en diversas disciplinas de las Ciencias Sociales como la Sociología, la Psicología y la Antropología. Éstas, en su acercamiento a la relación individuo/sociedad, han buscado herramientas conceptuales que ayuden a comprender básicamente cómo la cultura se integra en la persona y ésta la transforma en ac-

ción. En esta línea de trabajo se han desarrollado diversos términos, como el de identidad social o personal, estilo de vida y pautas de consumo, que hacen referencia a esquemas de acción social pautados, repetidos y socialmente condicionados pero que no se tienen por qué asimilar a esquemas estructurales predefinidos como el de una estructura de clases o de estatus etarios o sexuales.

En la Sociología, el concepto de estilos de vida adquiere gran importancia a partir de los años cincuenta, cuando la comunidad científica norteamericana comienza a utilizar el término *lifestyle*. El antecedente principal de esta corriente es R. K. Merton, que estudió los distintos modos de adaptación del individuo a la cultura, formalizando una tipología de cinco categorías que no se correspondían con categorías objetivas, sino subjetivas. Así, en la Sociología estructuralista de habla inglesa este concepto sirvió para analizar la diversificación de formas culturales de vida que se han ido desarrollando y que están condicionadas por múltiples factores, entre los que destacan: el tamaño del hábitat, la clase social y los marcos de referencia culturales.

En Europa, la investigación sobre los estilos de vida ha estado muy influida por el trabajo de postestructuralistas como Bourdieu. Éste, en su trabajo *La distinción*, analizó cómo los grupos de estatus y clase social se diferenciaban de los «otros» a través de patrones de consumo que les ayudaban a distinguir su estilo de vida. El autor consideraba que existían estructuras objetivas que producen efectos reales sobre el comportamiento social, pero matizaba que éstas no determinan los actos

de los agentes, las creencias, los valores y los deseos. Más bien, de su trabajo se deduce que las estructuras objetivas limitan las opciones de los actores sin llegar a orientar su subjetividad. Por ello, del trabajo de Bourdieu se deriva que la posición en la estructura social no produce grupos uniformes de individuos que actúen políticamente de forma concertada o que desarrollen estilos de vida diferenciados. Ello puede producirse, pero las actividades simbólicas, los estilos de vida o las prácticas de consumo son variables autónomas de las estructuras de clases que pueden desarrollarse buscando no tanto expresar diferencias objetivas cuanto estableciendo distinciones a través de la práctica.

Así pues, el preguntarse por los estilos de vida suele ser una manera de plantear cómo las sociedades construyen las diferencias sociales y «responden» a las estructuras objetivas modificando las estructuras subjetivas con sus prácticas.

En este sentido, el abordar cómo son los estilos de vida de la población joven en una sociedad y su variación en el tiempo constituye un método de trabajo que sirve para identificar las respuestas culturales a los cambios sociales y los factores de estructuración que limitan en el tránsito a la vida adulta. Tengamos en cuenta que, en las sociedades modernas, la etapa de la juventud se ha identificado con aquella donde se produce una indefinición mayor del estatus del sujeto, colocándose éste en un estadio decisivo para su futuro como adulto. Por ello, es una etapa de pruebas de roles y estilos diferentes con los que el individuo se puede identificar en un contexto determinado. Pero también

es la configuración de una generación que parte de unas experiencias precisas, propias y determinantes de su conciencia social posterior.

Los autores del libro *Jóvenes y estilos de vida* parten de un modelo teórico postestructuralista denominado modelo ecológico-sistémico. Desde esta perspectiva, los estilos de vida son conformados por variables objetivas y subjetivas, sociales y culturales, que son autónomos entre sí y juntos forman un sistema plural con tres tipos de elementos a analizar: la conciencia colectiva; las ideologías, creencias y valores; y los elementos estructurantes (roles y estatus). La síntesis de estos elementos no es un único estilo de vida, sino, lógicamente, una pluralidad de ellos que quedan reflejados en la multiplicidad de comportamientos microsociales.

Con la intención de asumir esta pluralidad, la investigación social suele trabajar inductivamente. Ello permite señalar antes las diferencias que las similitudes. Así han actuado los autores del libro, que han procurado sintetizar del modo más adecuado la pluralidad de comportamientos microsociales a través de técnicas cuantitativas de clasificación y análisis factorial. Para estos análisis los indicadores utilizados han sido de tres tipos: los estilos de comportamientos cotidiano, los sistemas de valores particulares y los comportamientos de riesgo realizados por la sociedad. Estos elementos están muy relacionados entre sí. Cada uno parece influir de algún modo en los otros dos. Por ello, en este trabajo, todos se han considerado signos de un mismo hecho: el estilo de vida.

Las dimensiones de la vida social analizadas en el libro *Jóvenes y estilos de vida* son: el uso

del tiempo diario, los valores y los comportamientos de riesgo.

El uso del tiempo diario, investigado por *Josune Aguinaga*, es una dimensión fundamental para conocer los estilos de vida. En este trabajo se han llegado a definir hasta 28 actividades que indican la pluralidad de formas de actuar de los jóvenes. Analizándolas, la autora se acerca a cuáles son los rasgos principales de la juventud actual, como el pluralismo y la centralidad del ocio en sus vidas.

Por su parte, *Esperanza Ochaíta* y *Ángeles Espinosa* han analizado algunos de los riesgos sociales más relevantes: el consumo de las drogas; la violencia; la realización de actos delictivos; la conducción temeraria; los comportamientos sexuales sin medidas de seguridad; y el fracaso escolar. Todos presentes y en expansión en el comportamiento de los jóvenes, aunque con diferencias importantes de edad y género.

Francisco A. Orizo ha estudiado el campo de los valores, buscando tipologías relevantes para distinguir los marcos de referencia valorativa que la gente joven utiliza. Con tal fin, este autor distingue ocho formas básicas de valoración que son agrupadas en un continuo que va desde el marco más integrador al que rompe con el sistema. Este elemento resulta clave al sintetizar en los análisis posteriores del libro la pluralidad de los comportamientos cotidianos y de riesgo.

Finalmente, el análisis conjunto de todas las actividades de los jóvenes, por *Domingo Comas*, distingue los grandes estilos de vida juve-

niles según la actividad principal (trabajo, estudio o el cuidado del hogar) y las actividades de ocio que realizan, fortaleciéndose la idea de la importancia creciente del ocio en la construcción de los estilos de vida que ya había sido destacada por la profesora *Josune Aguinaga*. El sistema cultural que aparece en el estudio se sintetiza en cinco grandes estilos de vida: los marchosos, los trabajadores, los estudiosos, los consumistas y los hogareños. Pero éstos son modificados con la edad, están condicionados por las situaciones particulares vividas, por el estatus concreto, la actividad principal desarrollada y el sistema valorativo del individuo.

A partir de las aportaciones anteriores, *Domingo Comas*, como coordinador de la investigación, ha relacionado los tres campos de análisis observados (el uso del tiempo diario, los valores y los comportamientos de riesgo). Entre las conclusiones a las que llega el autor destaca su principal hipótesis: los estilos de vida de los jóvenes se están configurando en torno al eje valorativo de oposición entre la conducta ordenada y la conflictiva. El orden se produce por pasividad de los jóvenes ante su situación objetiva, mientras que el conflicto es fruto de una actividad fomentada por marcos de sentido antisistema frente a las condiciones que les constriñen. Las situaciones objetivas como el estatus etario, la actividad principal y el acceso a una actividad nocturna marcan el estilo de vida de una mayoría pasiva, pero el otro 28% de la población desarrolla su estilo sobre unas creencias y valores diferentes. Esto puede significar, en palabras de Comas, que *emerge una generación que comienza a mostrar su capacidad para liderar una nueva fase de moder-*

nización, en la que éstos se someten a un dilema estructural entre comodidad y emancipación. Así, una gran parte de los jóvenes, a través de su actividad ociosa, disuelve las viejas clasificaciones sociales y fortalece la diferenciación etaria.

En este contexto, las actitudes de riesgo no parecen responder a una lógica lineal. Los estilos de vida van cambiando con la edad y el estatus que se va alcanzando, de modo que nadie está libre de comportamientos de riesgo, aunque en un momento determinado no los realice. Aun así, los que mantienen valores antisistema son los que más comportamientos de riesgo tienen. Pero estos últimos no pertenecen a una clase social, un territorio o un nivel de estudios determinado. Los jóvenes están insertos en un proceso evolutivo de adaptación a las nuevas condiciones sociales, en concreto al nuevo equilibrio entre el trabajo y el ocio, la forma de emancipación institucionalizada y la manera de construir la identidad individual en las sociedades emergentes. Esa adaptación no está determinada, sino que es construida por los individuos a partir de su marco de referencia.

En conclusión, la gran virtud de este libro es la de profundizar en problemáticas sociológicas diversas desde una perspectiva muy empírica, basada en el análisis de los datos y en una metodología consistente más que en modelos teóricos previos demasiado rígidos. Su asunción de la pluralidad cultural más allá de visiones unilineales del cambio social permite ver que lo subjetivo influye sobre lo objetivo al tiempo que ocurre lo contrario. Lo estructural y lo cultural se relacionan en el sujeto individual que construye su propio sentido y forma de acción. In-

investigaciones de este tipo obligan a considerar al individuo como pieza clave del trabajo sociológico, un elemento de fusión de los factores sociales y culturales más allá de los grupos de pertenencia y, por tanto, componente clave para entender la relación entre las estructuras

y la acción social. Los individuos configuramos las estructuras a la vez que éstas limitan nuestra acción.

Juan José VILLALÓN OGÁYAR
